

LA INVESTIGACION DE LA ADIVINANZA

por R. S. Boggs

Tan insignificante parece una sola adivinanza que pocos son los folkloristas chilenos que hacen caso de ellas. Eliodoro Flores publicó una colección de 795 en 1911, pero rarísimo es el que dedica todo un tomo a la publicación de una colección tan grande, y parece que hasta la fecha ningún folklorista chileno ha hecho una investigación científica de mayores proporciones basado en las adivinanzas de su país, estudiando sus categorías, como Lehmann-Nitsche, en sus *Adivinanzas rioplatenses* (Buenos Aires, 1911), analizando su forma y estructura, sus funciones sociales, su técnica, sus frases cristalizadas en fórmulas, su variabilidad de solución para la misma adivinanza, su adaptación al ambiente local, la posible existencia de la adivinanza entre los araucanos y su influencia en la adivinanza chilena, las fuentes extranjeras y las adivinanzas indígenas de Chile, su antigüedad, cómo reflejan el ingenio del chileno, por qué no desaparecen, etc. Parece que los indígenas precolombianos no tenían adivinanzas, que la mayor parte son de origen español, y que sobre este modelo el chileno moderno ha inventado algunas suyas, pero nada sabremos con seguridad hasta que no investigue el folklorista chileno esta rama importante de su herencia cultural tradicional. De vez en cuando alguno que otro folklorista chileno, al publicar una colección de otras categorías del folklore que le interesan más, agrega, como de yapa, un puñado de adivinanzas. Pero la mayor parte de ellos demuestran una indiferencia enorme ante tan interesantísima categoría del folklore.

No siempre fué así. Entre los antiguos la adivinanza fué muy respetada por los eruditos más sabios. Fué una forma de ejercicio para el ingenio. Fué una prueba de la sabiduría. Fué una especie de examen para ver si efectivamente merecía respeto como sabio el que se daba por tal. Cuando llegaron las noticias al rey de Egipto que ya había muerto el sabio ministro Ahikar del rey asiriano Asarhaddon (710-668 antes de Cristo), el rey de Egipto propuso varias adivinanzas para ver si quedara otro tan sabio entre los asirianos, si no, conquistaría sus tierras. Todos

se acordarán de la renombrada adivinanza de Sansón en la Biblia. Muchas adivinanzas antiguas tenían un origen mítico o cósmico. Cálculos y dichos escondían a menudo su sabiduría en la forma de una adivinanza. Se dice que una vez Xanthos invitó a comer a varios filósofos, y dijo a Esopo: —Ponte detrás de la puerta y no deja entrar a ningún hombre de los comunes y corrientes, sólo los filósofos. A medida que iban llegando los huéspedes y llamando a la puerta, sin abrirla, Esopo de adentro les preguntaba: —¿Qué menea el perro? Creyendo que les insultaba, llamándoles “perro”, todos se iban, menos uno que contestó: —El perro menea la cola y las orejas. Este fué el único huésped admitido a la casa. La esfinge se puso sobre la montaña de Phikion y mataba a los que no podían dar con la solución de su adivinanza: —¿Qué tiene sólo un nombre y camina primero en cuatro pies, después en dos, y finalmente en tres? Sólo Oidípus dió con ella: —Es el hombre. Así se ve que la adivinanza es casi tan antigua como la cultura humana, y se conoce en la mayor parte de las culturas del mundo (véase Archer Taylor, *Bibliography of riddles*, Folklore fellows communications N° 126, Helsinki, Finlandia, 1939).

La adivinanza puede tener cinco partes: 1) introducción; 2) nombre; 3) descripción; 4) obstáculo, y 5) conclusión. La primera y última son casi como un adorno, que no tiene función indispensable para la adivinanza. Parece que faltan en la mayoría de las adivinanzas chilenas. Algunas introducciones encontradas en la colección de Flores son: ¿Qué es, qué es...? ¿Qué cosa es (será)...? Adivinanza, adivinanza... Adivina, buen adivinador. Y algunas conclusiones en la misma son: ¿Qué será? Adivina qué será. Adivinen quién soy yo. ¿Qué nombre tengo, señor? El que no lo acierta bien bobo es. El que no lo adivina burro es. Eres tonto si no aciertas al momento lo que es. A que no me la aciertas ni en todo el año. Se ve que estos elementos tienden a cristalizarse en fórmulas. A veces, sencillamente preguntan. Otras veces indican lo difícil que es dar con la solución, o lo fácil. Y una de sus formas predilectas es burlarse de la estupidez del que no puede contestar. Si estos dos elementos de introducción y conclusión no son indispensables para una adivinanza, ¿por qué se emplean? A veces parece que se necesitan para completar la forma métrica, pero otras veces no, sin embargo aparecen. Quizá es un adorno y nada más. Puede ser que cumpla un fin artístico, como el de encajar la adivinanza en el ambiente social en el cual se presenta. Es posible que las fórmulas burlescas indiquen la función de pasatiempo que haya tenido la

adivinanza para alegrar una fiesta. La introducción y conclusión pueden ser fragmentos de transiciones, restos de su forma de cuando se hallaba la adivinanza intercalada en una serie, una narración, o una poesía. En el estudio de las introducciones y conclusiones hay un campo fértil de investigación para el folklorista chileno. Con otras fórmulas, y sus funciones artísticas, este campo es parte del estudio de conjunto del estilo literario de la adivinanza, que es un campo rico y desconocido, porque la adivinanza es una de las formas más concisas y pulidas de la literatura erudita o folklórica, en la cual se da el mayor énfasis a la forma, a la metáfora, al simbolismo, al equívoco y a otros recursos retóricos, y sin embargo queda todavía abandonado por los folkloristas chilenos.

Hay adivinanzas verdaderas y falsas, o sea los acertijos legítimos y las sencillas preguntas enigmáticas, como llamo a estas dos categorías en mi clasificación. La segunda, la pregunta enigmática, no puede someterse a la exactitud de la lógica, y tiene la manía de ser caprichosa. El que la pregunta no espera contestación alguna de su víctima; su único propósito es burlarse de ella, para después de un rato de humillación darle él mismo la solución, que nunca se hubiera podido adivinar sino por uno ya iniciado. Ejemplos son: —¿Cuál es el colmo de la ambición de un dentista? —Hacer una dentadura para la boca del río. —¿A quién se parece el burro? —A otro burro. —¿Cuál es el animal más parecido al hombre? —El gallego. —¿Quién fué el primero que murió en la guerra? —Un vivo. —¿Qué diferencia hay entre una pulga y un caballo? —En que la pulga no lleva herraduras. —¿En qué se parece la mujer al viento? —En que lleva polvo. —¿Qué hizo Colón cuando puso un pie en tierra? —Puso el otro. —¿Por qué cierra los ojos el gallo cuando canta? —Porque lo sabe de memoria. —¿Puede usted brincar más alto que una pared de diez metros de alto? —Sí, porque la pared no brinca nada. Tales preguntas enigmáticas, aunque siguen ciertos modelos tradicionales (¿Cuál es el colmo...? ¿En qué se parecen...? ¿Cuál es la diferencia...?, etc.), a menudo no tienen una vida muy larga en la tradición. Viven de su novedad, de los no iniciados, y cuando la mayoría de la gente ya es iniciada, hay que cambiar. Su forma y su técnica son muy sencillas. No nos preocupemos más de ellas.

Más diestro, exacto y complejo es el acertijo legítimo. Este debe nombrar y describir su solución en términos tan precisos que la lógica no puede deducir otra solución sino la correcta, y en términos tan claros que el ingenio, la inteligencia y el sentido común, por lo menos de la parte

superior de la población, puede ser capaz de deducirla. Tiene que poner un obstáculo, una aparente contradicción, una insinuación en sentido contrario bastante difícil para ocultar la solución correcta de la mentalidad inferior, pero sin estropear la exactitud de la descripción ni destruir la lógica de su deducción. La mayor parte de las adivinanzas en la colección de Flores son acertijos legítimos.

El nombre puede apoyar poco o mucho la descripción y el obstáculo. *Toronjo* (Flores Nº 740) ayuda mucho, porque ya da la mayor parte de la solución, "toronjil", y al mismo tiempo contribuye al obstáculo, despijando al preguntado con la indicación de otra planta, el árbol toronjo y su fruta, la toronja. *Titiquititín* (Nº 735) y *Huinche pihuinche* (Nº 734), como palabras onomatopéyicas, imitando el sonido de las tijeras, ayudan en la descripción de la solución correcta, pero como palabras extrañas y desconocidas contribuyen al obstáculo. *Niñas* (Nº 520) parece ser palabra inocente, vaga, un nombre por dar un nombre, sin mayor propósito, y en este sentido sirve de obstáculo para el ingenio no muy agudo, pero cuando se sabe que la solución es "ojo", en seguida se ve la importancia del rumbo del pensamiento de "niñas" a "niñas del ojo". Lo eficaz de tal clase de nombre se apoya en el hecho que muchas veces, efectivamente, es un nombre y nada más, como *niña* (Nº 472) que nombra la nalca. Y uno de los recursos más típicos de la adivinanza es nombrar con el pronombre *yo* (Nº 421), que no significa nada sino que es una persona, aunque ese *yo* (Nº 448) a menudo contribuye al obstáculo, porque indica que es persona, mientras que realmente no es más que la personificación de una cosa, en este caso, de la mentira. El nombre hasta puede abarcar toda la descripción tan bien como el obstáculo, como el "anafre" (Nº 50) que sólo dice: Ana me llaman por nombre, y Fre por apelativo. Son únicamente dos palabras que constituyen completamente el nombre y la descripción: Ana y Fre. Pero, por ser divididas, constituyen también el obstáculo. En Pichi colgando y negro mirando (Nº 163), aunque *negro* sirve de nombre y descripción para el gato, el nombre *Pichi*, para la carne, contribuye sólo al obstáculo. Basten estos ejemplos para indicar lo que pueden hacer los folkloristas chilenos analizando sistemáticamente grandes cantidades de sus adivinanzas nacionales.

Muchas categorías del elemento descriptivo pueden verse en la importante introducción de Lehmann-Nitsche a sus *Adivinanzas rioplatenses* (Buenos Aires, 1911), que ensaya una clasificación morfológica. El folklorista chileno tendría mucho que hacer por varios años sólo con la inves-

tigación de sus adivinanzas a la luz de esta clasificación de Lehmann-Nitsche, clasificándolas y analizándolas según ese sistema. Seguramente, en tales trabajos se vería que aun faltan por recoger ejemplos de algunas de las categorías indicadas, por no encontrarse en los materiales ya recogidos. Únicamente advierto al folklorista que, para la publicación de adivinanzas, por la consulta fácil para los muchos y diversos fines que tenga el investigador, la mejor clasificación es por abc según la palabra clave de la solución, haciendo cita a ésta bajo las otras palabras claves que aparezcan o en la solución o en el texto de la adivinanza, para entrelazar formas parecidas que tengan soluciones distintas. Hay categorías que no se tratan adecuadamente en la clasificación de Lehmann-Nitsche, que convendría estudiarse más detalladamente, tal como las descripciones onomatopéyicas: Tin, tin, cataplun, chin, chin, para y baja, pin pin, pin. —El tranvía (Flores N° 171).

El obstáculo puede ocupar su lugar aparte, o puede incluirse en la descripción, o en el nombre, como ya se ha visto. Una forma muy sencilla y fácil de comprender el obstáculo se ve en: Cuatro gatos en un cuarto, cada gato en un rincón, cada gato ve tres gatos, adivina cuántos son (Flores N° 301). El obstáculo yace en la palabra "tres", que influye a uno, como a cualquier gato, a ver a los otros tres, olvidándose de sí mismo, y contando tres, mientras que verdaderamente hay que agregar a los tres que se ven el otro que los mira, total cuatro. La adivinanza de la gallina (N° 287) ofrece un ejemplo claro del obstáculo en la palabra "puntada": Una señora muy señoreada, con muchos remiendos y ninguna puntada. ¿Cómo puede haber remiendos sin puntadas? Esta aparente contradicción confunde al preguntado y así sirve eficazmente de obstáculo, pero al mismo tiempo, esta misma contradicción ofrece el mejor indicio para dar con la solución correcta. Uno de los elementos predilectos de la adivinanza en su técnica es la aparente contradicción que se resuelve únicamente con la solución correcta. A veces la adivinanza emplea toda una serie de tales "contradicciones" que sirve de elemento descriptivo, y el obstáculo se encuentra no en cierta palabra sino en la aparente contradicción entre los elementos descriptivos que se ponen en contraste, y que son, cada uno en sí mismo, una descripción muy exacta que conduce a la solución correcta, pero que, al parecer, se contradicen cuando se comparan uno con otro, y de ahí viene el obstáculo, como por ejemplo en: Blanca como la nieve, negra como la pez, habla y no tiene lengua, anda y no tiene pies (N° 166, la carta).

Con estas breves indicaciones, el folklorista chileno verá que hay que recoger muchas adivinanzas, para tener ejemplos de todas las categorías, que hay que clasificarlas, primero por palabra clave y con muchas citas secundarias, después según su forma, tomando en cuenta la clasificación de Lehmann-Nitsche y el tratado de Robert Petsch (en Palaestra IV, Berlín, 1899), y por fin, que hay que analizar sus varios aspectos de técnica, estilo, etc.